MUNDO HISPÁNICO

DOCUMENTOS

SUPLEMENTO AL NÚM. 164 - NOVIEMBRE DE 1961

Iniciamos con este número la publicación sistemática de textos que, por su trascendencia, merezcan su conservación y manejo encuadernados aparte de la Revista, por ofrecer una larga vigencia en el tiempo. Y a este fin, reproducimos en «Documentos» los discursos pronunciados en el monasterio de La Rábida el 12 de octubre de 1961, Día de la Hispanidad, por los excelentísimos señores don Hernán Pérez Cubillas, gobernador civil de Huelva; don Luis da Cámara Pinto Coelho, embajador de Portugal; don Antonio Bermúdez Milla, embajador de Honduras, y don Fernando María Castiella, ministro español de Asuntos Exteriores.

Los lectores de MUNDO HISPÁNICO dispondrán, así, de un importante material histórico en esta hora cenital de la Hispanidad.

Discurso del Excmo. Sr. Gobernador Civil de Huelva, D. Hernán Pérez Cubillas

Excelentísimo señor ministro; excelentísimos señores embajadores y encargados de Negocios; dignísimas autoridades; señoras y señores:

Se han pronunciado muchos discursos, se han encendido muchas bengalas oratorias a la sombra de estos gloriosos muros de La Rábida. Ha resonado aquí el verbo, unas veces grandilocuente y otras íntimo y sosegado, de los más ilustres políticos, poetas y escritores hispanoamericanos. La Rábida es fuente inagotable de inspiración y es difícil sustraerse al hálito estremecedor de estas piedras doradas por los siglos y ennoblecidas por la Historia.

No intento, ni muchísimo menos, emular a tantos famosos hombres de letras y de gobierno que hablaron antes que yo en este recinto. Cúmpleme, sí, daros la bienvenida a los Lugares Colombinos en fecha tan señalada como la de hoy, y lo hago con gusto, valorando el alto honor que nos dispensáis con vuestra presencia, al mismo tiempo que midiendo en su justo alcance mis modestos recursos de palabra, sin caer, Dios me guarde, en vana retórica superficial al expresaros mis deseos de una grata estancia en estas tierras y el trazar seguidamente una brevísima pincelada que refleje el profundo enraizamiento de Huelva en la gloriosa aventura, que, llevada a cabo, va a hacer en seguida quinientos años, es causa y motivo de que hoy nos congreguemos aquí.

La gesta del Descubrimiento; las andanzas y vicisitudes de Cristóbal Colón desde Portugal a la Corte de Castilla; su estancia en La Rábida, en este mismo convento donde ahora estamos; los preparativos en Palos; la partida de las naves aquel incierto 3 de agosto, y, por último, su feliz arribo a Guanahani, el 12 de octubre de 1492, han sido y serán eternamente tema de estudio y fuente de enseñanza por su enorme trascendencia en la historia de la humanidad.

La figura del Almirante de la mar océana, su imaginación desbordada, esa extraña mezcla de dignidad soberana y gestos teatrales que acusa el complejo carácter del gran nauta, le hacen destacar en un primer plano gigantesco sobre el fondo alucinante de hombres y paisajes que componen el cuadro multicolor de la colosal hazaña. Hombres y paisajes de estas mismas orillas del Tinto que hoy pisamos, marinos y calafates de Huelva, de Palos y de Moguer, cuyos descendientes andan entre nosotros llevando, con sencillez, los apellidos gloriosos de sus mayores. Gente dada al riesgo y la gloria del mar, experimentada y valiente, que se embarcaron con Martín Alonso Pinzón, puesta la confianza en él, para ir a descubrir la Antilla de que oyeron hablar a sus padres y abuelos, sin prestar demasiado crédito a las fantasías de aquel misterioso y desconocido personaje que intentaba buscar un camino por Occidente hacia las Indias del gran Kan.

El símbolo de este como sueño premonitorio de América, de las verdaderas y encendidas playas de un mundo ignorado, se personifica en el legendario Alonso Sánchez de Huelva, hallazgo

ancho don acogedor, como corresponde a lo que fue creado para capital del Imperio.

Pero diciendo esto, no se agarra lo característico de los Madriles, ya que una amalgama puede ser, y lo es casi siempre, algo

San Antonio de la Florida.

El ecuestre y cinegético horizonte que azulea desde el Campo del Moro al Guadarrama le inspiró a Velázquez los grises

cierto o acaso invención de Garcilaso, el Inca, pero que de cualquier forma sintetiza el genio, la audacia y los conocimientos náuticos de los marinos de estas riberas, signados por la Providencia para llevar a buen fin la más grandiosa obra humana que vieron los siglos.

Tras los hermanos Pinzón, de Palos, y los hermanos Niño, de Moguer, se enrola en las carabelas la más idónea tripulación que requería tamaña empresa. Van en el primer viaje (y seguirán yendo en otros sucesivos los que no murieron en La Española) los Vives y Roldán, los García Hernández, García Alonso y Gómez Rascón, Juan Quintero y Sánchez de Montilla y otros muchos de Palos, Moguer y Huelva. Van también gentes del Condado y del litoral que se hicieron famosos, como Rodrigo de Jerez, de Ayamonte, y aquel desconocido marino de Lepe que fue el primero en avistar tierra... Marinería cabal y bien dispuesta que ha de continuar después conquistando y poblando las tierras descubiertas. Primera y fecunda savia hispánica, ésta de Huelva, en los surcos del Nuevo Mundo.

Este telón de fondo, hombres y paisaje del Tinto, es el que yo quisiera que captárais hoy, en esta fecha memorable de la Hispanidad. Hombres que fueron allá a poblar y a morir, dejándolo todo, tierras y familia, en la más quijotesca obra colonizadora que pudiera soñarse. Hombres que dieron su sangre, su idioma, su cultura y su fe a cambio del honor y la gloria de la gigantesca aventura: que no otra cosa que íntima satisfacción y el servir a la Patria iba a proporcionarles el titánico esfuerzo sobre el mar tenebroso. Porque nuestros conquistadores sobrepusieron siempre su sed de gloria a su humana sed de oro, aunque no se logre en cada caso distinguir la una de la otra.

Un ejemplo histórico resume en sí lo que dieron a América, cómo se entregaron a América los hijos de Huelva. Leeré el testamento de Juan Niño, hijo de Pero Alonso Niño, de Moguer, piloto de la «Niña», gran marino y explorador audaz y una de las figuras más grandes del Descubrimiento y la Conquista. Dice así:

«En el nombre de Dios e de su benditísima Madre, amén. Sepan cuantos esta carta vieren, cómo yo, Juan Niño, natural que soy de la villa de Moguer, que es en los reinos de Castilla, hijo legítimo que soy de Pero Alonso Niño y de Juana Muñiz, su mujer, difuntos, que Dios hayan, vecino que soy de la ciudad de Santiago, en la provincia de Guatimala, y estando al presente en esta ciudad de Los Angeles desta nueva España de la mar Océana y estando enfermo, etc... Los bienes que tengo e lo que me deben son siguientes: Declaro que me debe Reinoso, vecino de Guatimala, diez xiquipiles de cacao; Item tengo en mi poder un esclavo indio; Item cuatro petacas encoradas en las cuales tengo en ellas algunas cosas de mercadería, ropa e menudencias; mando que se vendan por mis bienes; Item tengo dos espadas; Item un caballo ensillado y enfrenado con una silla gineta vieja; los cuales dichos bienes pongo en mi testamento a manera de inventario para que conste, e declaro que no tengo ni dexo dinero ni bienes más de lo que dicho tengo.»

Ciertamente estremece la lectura al cabo de los siglos de este testamento otorgado en tierras de la Nueva España por el hijo de uno de los más esclarecidos marinos del Descubrimiento, de aquel Pero Alonso Niño, que exploró las costas de Paria y de Curiana, y que trajo en uno de sus viajes de la Isla Margarita «bien cargada la nave de oro y plata y perlas del tamaño de avellanas» y que también, sin embargo, murió pobre en su patria de Moguer.

El testamento del moguereño Juan Niño, su caballo ensillado y enfrenado con silla de gineta vieja, sus dos espadas y el escudero indio, anticipa en tierras de Guatemala la figura del hidalgo español Don Quijote de la Mancha. Debió ser alto y cenceño, quebrada la color. Cabalgaría incansable por los verdes prados y las selvas oscuras, desfaciendo entuertos y alanceando desaforados gigantes, afirmando y haciendo imperecederos en América el genio y la gloria de España.

Tal como fue ayer, es hoy Huelva y es España: cabalga sobre rocín enjuto, más recio y andariego; acaso ensillado y enfrenado con silla de gineta vieja; en una mano la Cruz y en la otra la espada va «desfaciendo entuertos y alanceando gigantes».

Sed bienvenidos, señoras y señores, a esta tierra de hidalgos; sed bienvenidos a este primer monumento del acervo hispanoamericano, que es La Rábida: base y partida del Nuevo Mundo a que pertenecéis, descubierto y forjado por los hombres del monumental telón de fondo de estos Lugares Colombinos. Ellos supieron hacer de vosotros el más noble pueblo de hidalgos.

Discurso del Excmo. Sr. Embajador de Portugal, D. Luis da Cámara Pinto Coelho

Excelentísimos señores; señoras; señores:

Yo creo sinceramente que uno de los mayores males de la humanidad en nuestros días resulta del mal uso que con tanta frecuencia se hace de la palabra.

En efecto, es cierto que en ninguna otra época de la Historia ese extraordinario don otorgado por Dios al hombre fue en tan amplia medida utilizado para injuriar, ofender, engañar y perturbar a los individuos y a los pueblos.

Y los maravillosos recursos que la ciencia moderna pone a la disposición de los seres humanos para la expresión y la expansión de su pensamiento y que sólo debieran servir para elevarlos, perfeccionarlos y unirlos, sirven predominantemente —por desgracia para muchos— para reducirlos, envilecerlos y destruirlos.

Puede decirse, sin ironía, que en el mundo moderno las *exploraciones oratorias* han producido mayores perjuicios que los que puedan causar las explosiones atómicas.

Y me parece oportuno afirmar que en el aspecto de la expansión de la palabra puede verse nítidamente confirmado que el progreso material, en lugar de confundirse con la civilización, muchas veces es instrumento de su destrucción y del retroceso de la humanidad.

Quiere decirse: que se habla demasiado y mal.

Por todo eso, en nuestros días se tiende a considerar a la palabra como mercancía sin valor por la abundancia de la oferta, cuando no indeseable por los peligros que encierra. Por todo eso, hoy, más que nunca, los actos valen más que las palabras.

Siendo mi presencia en este lugar un acto en sí mismo, las breves consideraciones que acabo de hacer pudieran interpretarse como una justificación, como algo paradojal, para que yo no dijera nada más.

Sin embargo, no es así. Algunas circunstancias concurren para que no sea suficiente aquí el acto de mi presencia.

Pero aquellas consideraciones sirven, sí, por un lado, para justificar que yo sea breve, y, por otro —lo que es más importante—, para advertir que las escasas palabras siguientes son palabras de paz, sinceras y amistosas, comprensivas y constructivas.

Una de las circunstancias que no me permitiría el silencio

consiste en que, una vez más, cabe al embajador de Portugal, en nombre de su país y del Brasil, esto es, en nombre de la Comunidad Luso Brasileña, saludar en este gran día a la Comunidad hermana y testimoniarle, también una vez más, la inquebrantable fidelidad a los principios de la civilización latina y cristiana en que ambas nacieron, se fundamentaron y expandieron.

Otra circunstancia, igualmente poderosa, deriva del lugar en que nos encontramos. Aquellos que, como nosotros, los de ambas Comunidades, sienten casi físicamente los valores del espíritu, sienten no sólo en el alma, sino también en su sangre los influjos de la Historia, difícilmente podrían quedarse indiferentes en los lugares que pisó, en que vivió y soñó esa gran figura —ahora, por eso, tan discutida— que fue Cristóbal Colón.

La evocación de ese gigante, que aquí sentimos hasta el punto de crearnos la ilusión de una real convivencia, produce irresistiblemente nuestra traslación a los tiempos de sus hazañas y aún más atrás.

Al lado de España, Portugal hacía siglos que afirmara sus pies en Europa. Pero siempre volcado al Atlántico, se proyectaba hacia la inmensidad oceánica, y sus habitantes se habían preparado tempranamente para desvelar los secretos de ese gran mar escrutando nuevos cielos, nuevas estrellas y buscando nuevas gentes que traer a la convivencia occidental.

Siempre, en sus empresas marítimas, españoles y portugueses estuvieron juntos. Unas veces, en contacto íntimo; otras, en rivalidad creadora.

Un mismo ideal —el de Cristo— animaba los propósitos de ambos, aun cuando, en un acto de grandeza impar en la Historia, dividieran el orbe desconocido en dos zonas de influencia.

De un lado, don Juan II de Portugal; de otro, la gran reina Isabel la Católica. Ambos espíritus fecundos del Renacimiento, auténticos mentores de pueblos, auténticos creadores de Historia.

Visión dilatada para los nuevos mundos que a cada paso, como quimeras tornadas en realidades, surgían de lo desconocido; contacto íntimo, humano, con las nuevas gentes traídas al seno de la cristiandad; legislación sabiamente apropiada, con base en lo que se determinaba en la vieja Europa.

Eran las medidas de protección a los naturales, la fundación de escuelas, el envío de misioneros que se internaban por la selva y por los lugares más apartados llevando en sus labios una palabra de amor, y también, en muchas ocasiones, el auxilio de los secretos médicos y científicos del Viejo Mundo.

Todo eso fue obra en que españoles y portugueses se empeñaron, no por acaso y a tenor de las circunstancias, sino conscientemente, profundamente.

Colón estuvo en Portugal. Viviase entonces allí uno de esos momentos culminantes en la vida de la nación, que, bajo el impulso del infante don Enrique, se había volcado al reconocimiento del Océano y de la misteriosa África en busca de la ignorada ruta marítima de las famosas Indias.

Colón supo extraer de la experiencia de los marineros con que lidió los conocimientos que, perfeccionados, habían de llevarlo a las costas de América.

Mas si no hubiera en esta tierra de España, aún caliente de la sangre de la Reconquista, la visión de esa gran reina Isabel; si no fuera por ese ambiente propicio de La Rábida; si no fuera, en suma, por esta España a la que dos mares ya imprimieran el sello de la aventura marítima, los planes del Almirante no se hubieran realizado.

Pero Dios quiso que todo eso fuese y que las dos hermanas peninsulares siguiesen unidas de nuevo.

Colón y Álvarez Cabral, la América Española y la Tierra de Santa Cruz.

Y el despertar de dos mundos. Dos mundos diversos en su carácter, es cierto, no sólo porque diferentes eran sus dos orígenes, sino también porque distintas serían las condiciones locales que portugueses y españoles iban a encontrar en el *Mundus Novus*, para emplear la designación cartográfica de la época, dado que sería más tarde cuando se le empezaría a llamar América.

Pero dos mundos que, en realidad diversos, habían de constituir dos expresiones perennes del espíritu cristiano, de la civilización occidental.

Una tercera circunstancia, aún, me ha impelido a usar de la palabra: la de encontrarse presentes en este acto, casi en totalidad, los representantes de las dos Comunidades, y eso me permite expresar un deseo que es una apelación.

El mundo occidental, al que todos pertenecemos, está siendo batido desde muchos puntos, y con furia sin igual, por los vientos del materialismo, del odio, de la envidia, de la venganza. Perdida la noción de la jerarquía de los valores, ve cada día reducidas sus resistencias, retrocede ante las amenazas del hierro y del fuego, sucumbe ante el desorden, vive bajo el imperio del miedo.

Corre, así, consciente o inconscientemente, hacia una muerte cierta, hacia el aniquilamiento total, hacia la renuncia de la dignidad inmanente de la persona humana.

Para que nuestra civilización se salve es urgente que en el mundo occidental se eleven, serenamente, más fuertes y resolutos, los valores espirituales que nos iluminan.

Es urgente que se consolide una zona de paz y entendimiento, en torno a la cual puedan polarizarse todos los elementos de orden, de progreso, de solidaridad humana y de amor que andan dispersos y a la deriva por el mundo.

Sin embargo, por su situación geográfica, por su riqueza material, y, sobre todo, por su fuerza espiritual, las dos Comunidades que aquí representamos constituyen un potencial de valores cuya importancia para el equilibrio y para el rescate universal nadie puede ignorar o subestimar.

El presidente del Consejo portugués, profesor Oliveira Salazar, ha llamado ya la atención sobre el papel que en el mundo pueden desempeñar los pueblos hispanoamericanos y los de la Comunidad lusobrasileña.

Por su oportunidad, permitidme recordar ahora esas palabras, que son las siguientes: «Dada la tendencia y necesidad de la formación de grandes bloques, unos de intereses económicos, otros de afinidades espirituales, nada se impone con mayor claridad que el planteamiento de una amplia política iberoamericana, que ya está delineada triangularmente en la Comunidad lusobrasileña, en el Bloque Peninsular y en las íntimas relaciones de España con las Repúblicas sudamericanas.»

Estas palabras son tan sencillas y claras que no precisan comentario. Sólo las ideas maestras que ellas traducen necesitan de una fe, de un coraje y de una decisión que las realice.

Si todos los pueblos de las dos Comunidades supieron colocar en la cima de la escala los valores espirituales que presidieron su formación, les imprimieron carácter y marcan su destino, entonces no podrá dudarse de que sabrán anteponer lo esencial a lo accidental, lo principal a lo accesorio, lo permanente a lo transitorio; sabrán, en suma, anteponer a aquello que los separa o diversifica, lo que los enlaza y une. Así podrán salvarse las dos Comunidades hermanas y, con ellas, la civilización occidental.

Aquí tenéis, excelencias, señoras y señores, cómo nosotros, partiendo de circunstancias del presente, fuimos transportados al pasado y nos aventuramos en el futuro.

Si al pasado nos llevó un acto de justicia, al futuro nos proyecta un acto de fe. Creo muy posible que algunos, más escépticos o menos ardientes, nos consideren visionarios o soñadores. Es muy posible. Pero tenemos presentes siempre aquellas palabras de un eminente escritor italiano de nuestro tiempo, según las cuales Dios Nuestro Señor, conociendo la flaqueza del hombre, sólo nos manda intentar, no nos manda conseguir; sólo nos manda luchar, no nos manda vencer.

Y cuanto más largos y altos y nobles sean nuestros deseos, expresados en esta reunión, más dignificamos a los países que representamos y más digno será el homenaje que en ella rendimos a la «grande y noble nación española», cuyo suelo estamos pisando.

A ésta nos unimos en espíritu para la contemplación fraterna —como ya dijo un antecesor mío en un acto semejante— «de su historia, de su literatura, de su arte, tan espléndidas que a cada paso nos hallamos con figuras de talla gigantesca».

Con la rapidez, la profundidad y la nitidez de que sólo es

ancho don acogedor, como corresponde a lo que fue creado para capital del Imperio.

Pero diciendo esto, no se agarra lo característico de los Madriles, ya que una amalgama puede ser, y lo es casi siempre, algo

San Antonio de la Florida.

El ecuestre y cinegético horizonte que azulea desde el Campo del Moro al Guadarrama le inspiró a Velázquez los grises

capaz el espíritu —y de nuevo soy apenas el eco de mi antecesor— vemos desfilar esa pléyade inmensa de héroes y de santos, de reyes y de poetas, de artistas y de escritores que con sus vidas y obras dieron ser y forma y sentido a un pueblo y a una cultura y proyectaron esa luz que se mantiene intensa en nuestros días y que, *Deo volente*, ha de perdurar a través de los siglos.

Es ésta la España que nosotros admiramos y la que nosotros queremos. Es a esta «España redimida de nuestros días» a la que nos estamos dirigiendo.

Pero no solamente a ella, sino también a los países de Hispanoamérica, ligados a España por tantos vínculos —lingüísticos, culturales, sentimentales, de sangre y de temperamento—, otras tantas naciones que Brasil y Portugal saludan unidos en la misma fraternidad de sentimiento y de espíritu que a todos envuelve íntimamente y los hace mirar al futuro con la misma confianza.

Discurso del Excmo. Sr. Embajador de Honduras, D. Antonio Bermúdez Milla

Excelentísimo señor ministro; excelencias; excelentísimas autoridades locales; señoras y señores:

Los embajadores y encargados de Negocios de las naciones hispánicas, con mucha gentileza, me han distinguido con el alto honor de interpretarlos, en esta magnífica ocasión en que se conmemora, en el seno de la familia española y en el marco de la bella y romántica tierra andaluza, una gloriosa fecha, el Día de la Hispanidad.

Para enfatizar el alto significado de estas celebraciones nos vemos obligados a internarnos, de manera fugaz, en las polvorientas páginas de la Historia, y revivir los hechos que ocurrieron a mediados del siglo XV, cuando Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, empeñados en común esfuerzo, habían logrado la unidad de España y les apuntaba la aurora del triunfo, la rendición de Granada, en la última etapa de su lucha por la Reconquista.

En estas circunstancias hace su aparición un desconocido navegante que, inspirado en las teorías matemáticogeográficas del florentino Pablo del Pozzo Toscanelli, se había empeñado en demostrar al mundo que era posible «llegar a Oriente por Occidente».

Fue precisamente en este histórico convento de La Rábida en donde encontró Colón la primera voz de aliento y el estímulo que necesitaba, en el antiguo confesor de la reina, fray Juan Pérez, quien le introdujo en la Corte, viendo en las ideas de Colón la perspectiva de un futuro brillante para el recién formado Reino español.

Estas paredes y estos pasillos fueron los testigos mudos de las conversaciones sostenidas entre don Cristóbal y fray Juan, diálogos ora rebosantes de optimismo, ora minados por la desilusión y la desesperanza. Finalmente se firmaron las famosas Capitulaciones santaferinas, con la intervención de los amigos del rey, Luis de Santángel y Juan Cabrero, que favorecían la inclinación de la reina para emprender la Gran Aventura. Ese fue el instante en que se dio el primer paso en firme que llevaría a España al descubrimiento de todo un Continente.

Y ahí está América, proyectándose con insospechadas manifestaciones, erguida, orgullosa y triunfante, con la potencia de sus grandes recursos, agitada en tremendas convulsiones, bajo la incontrolable tempestad desatada por la política internacional de hoy, tendiendo su mano fuerte y amiga en el común afán por salvar al mundo del terrible y sombrío caos en que se encuentra sumergido.

Y ahí está América, nacida de la loca fantasía de Cristóbal Colón y de la fe de Isabel la Católica, llena de vida, con muchos países de habla hispánica en los que cada corazón es un santuario, un santuario de cariño y de admiración a España, a esta España que les dio en herencia su cultura, sus costumbres, sus tradiciones, su sangre, esta bellísima lengua castellana y el camino de la redención espiritual, ese camino de dulzura y de amor que predica la Doctrina Cristiana.

Y ahí está esa América de habla hispana, pendiente siempre de lo que ocurre en España, viviendo con ella, entusiasmada, las inolvidables hazañas del Cid Campeador, sobrecogiéndose de espanto y de dolor ante la tragedia del Alcázar de Toledo, asombrándose con las maravillosas aventuras de Don Quijote, deleitándose con la dulzura de la poesía de Jorge Manrique, aquilatando la firme elocuencia de Castelar, orgullosa y ufana ante el nombre inmortal de Ramón y Cajal, dilatando sus pupilas, en espasmos de admiración, ante el milagro prodigioso salido de los pinceles de Velázquez.

Ese gran acontecimiento histórico que dio vida a un Mundo Nuevo, ese hecho trascendental que nadie le puede discutir a España, abrió horizontes más amplios a las naciones y hombres de su época, y marcó uno de los jalones más importantes en el avance de la civilización. Es, como muy bien lo ha dicho Francisco López de Gomara, «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la Encarnación y Muerte del que lo crió».

En esta fecha, 12 de octubre, las almas de españoles, filipinos y americanos se unen en estrecho abrazo, y más de doscientos millones de corazones, al compás de la sístole y la diástole, entonan himnos jubilosos y entusiasmados, hacen brillar al influjo del recuerdo, en el cielo, en caracteres de oro, el nombre de Isabel la Católica; sobre el mar, en perfiles de acero, la figura inquietante de Cristóbal Colón.

El 12 de octubre, acariciadas por el viento, las banderas de España, Repúblicas Hispanoamericanas y Filipinas, despliegan por todos los ámbitos del mundo la algarabía maravillosa de sus colores y baten el aire plenas de entusiasmo por el júbilo que en ellas despierta el Día de la Hispanidad.

¿Y no habéis notado cómo bajo la magia de este histórico convento de La Rábida, esas mismas banderas nos dan la impresión de erguirse con más donaire, como si sus plácidos movimientos fuesen más alegres, como deslumbradas ante la realidad de agitarse, triunfadoras, sobre la unidad de Hispanoamérica? Eso es así porque en este convento se ha convertido en realidad el sueño de Bolívar y José Cecilio del Valle. Aquí se encuentran, guardadas en un cofre, como en un relicario, en íntimo convivio, las tierras de todas las Repúblicas americanas, que han hecho la travesía trasatlántica siguiendo la ruta inversa del primer viaje de Cristóbal Colón, para cobijarse en el cálido regazo de la Madre España.

Ante este simbolismo el alma se ilumina, se llena de esperanza, eleva sus ojos al Creador y le pide con profunda fe que haga el milagro de la Unidad hispanoamericana.

Señor ministro: los representantes diplomáticos de los países de origen hispánico, unidos bajo el común denominador de su profundo amor a España, os ruegan aceptéis sus calurosas felicitaciones por tan acertada elección para llevar a cabo las celebraciones de esta grandiosa efemérides, os agradecen sinceramente vuestra espléndida hospitalidad y hacen los más fervorosos votos por el constante engrandecimiento y prosperidad de España y por el triunfo final de la Hispanidad.

Discurso del Excmo. Sr. Ministro español de Asuntos Exteriores, D. Fernando María Castiella

Todas las tierras de España contienen un anticipo o una prefiguración de América, porque en cualquiera de ellas hay un solar desde donde han salido gentes para la aventura americana; en cualquiera de ellas hay una huella o un recuerdo de la voluntad americana de España; en cualquiera de ellas hay una villa o una comarca que ha de encontrar su réplica al otro lado del Atlántico para repetir en el Nuevo Mundo el viejo nombre español.

Tierra de España, anticipo de América

Por eso, cuando en los pasados años nos hemos reunido, para celebrar esta fiesta común y mayor de la Hispanidad, en diferentes ciudades españolas, siempre ha tenido nuestro encuentro un profundo significado histórico. Primero, fue en Las Palmas de Gran Canaria, anuncio de América sobre 1 borde Atlántico; después, en Madrid, centro de España, meridiano mayor de nuestro solar común; luego, en Santiago de Compostela, «corazón de la Galicia jacobea e ilimitada», cuyo Santo Patrón dio nombre a innumerables ciudades de América. Finalmente, el año pasado, fue Mallorca, patria de Junípero Serra, especie de pequeña California mediterránea, en cuyas costas los cartógrafos mallorquines habían soñado con los perfiles de vuestro mapa.

También cuanto aquí nos rodea tiene una vibración americana. No lejos está Cádiz, trimilenario Cádiz, recalada de todas las naves antiguas en demanda de la última tierra, que guarda aún su aire «indiano» y reproduce la fisonomía de cualquier ciudad de América. Y aguas arriba del Guadalquivir, por donde llega el soplo del mar y la canción del marinero; sobre un paisaje de marismas cruzadas de velas; de campiñas en donde crecen el trigo, el aceite y la vid, que enriquecieron las tierras de América; de pampas en donde pastan los padres de los novillos y potros de vuestros ranchos y estancias, está Sevilla, cuartel general del Descubrimiento, Archivo y Casa de Contratación de una empresa de la que nosotros, los españoles, al contemplar el esperanzador fruto de hoy, seguimos sintiéndonos orgullosos.

Pero si hay una tierra española que es pura esencia de América, es esta sacra costa onubense, este pequeño estuario de aguas metálicas, estos arenales que guardan tal vez el secreto de Tartessos y, con él, quizás, el viejo misterio de la Atlántida, que ha turbado el pensamiento de Occidente, desde Platón a nuestros días. Estamos en el centro mismo de un majestuoso e ilustre arco ibérico, que va desde Sagres a Tarifa y desde cuyo seno han partido los marinos de las *Descobertas* portuguesas y los marinos del Descubrimiento español; es decir, los hombres que le dieron al mundo África, la ruta de Oriente y América.

La Rábida: Colón y España entran en la Historia

Y estamos en La Rábida. Apenas tendría yo que decir nada más acerca de este lugar. Casi todo está dicho ya y casi todo aquí se dice por sí mismo. Solamente quería recordar que este pequeño convento franciscano fue el lugar de la fe y del esclarecimiento, fue la clave misma de América y el resumen y símbolo español de toda la inmensa voluntad occidental de darle al mundo su explicación y su dimensión última. Quería recordar también que hasta llegar aquí, todo en Colón había sido misterioso y problemático, así como, desde este punto, todo se hace claro, preciso e histórico. Aquí Colón se inserta en la Historia de España, se hace plenamente español y todos los que le rodean y asisten en su empresa forman un verdadero corte vertical de la sociedad española de su tiempo, desde los reyes y los nobles hasta los humildes pescadores de la almadraba, pasando por los frailes cultos, los físicos, los armadores, los pilotos y los cartógrafos.

Por eso, no se puede arrancar a Colón del fondo histórico en que se mueve, no se le puede desarraigar de la sociedad a que pertenece. Solamente comprenderemos la dimensión de su hazaña si tenemos en cuenta el país que supo poner en marcha y convertir en historia sus pensamientos y sueños, si recordamos que el Almirante no estaba solo, sino que con él iba todo el aliento de un pueblo en trance de universalidad. No podremos ser fieles a la verdad de la Historia más que reconociendo la raíz hispánica del hecho americano. Y así podremos entender la trascendencia de este pequeño lugar andaluz en el que empieza la vida de América.

Actualidad de Iberoamérica

Esta América hispana no es ya el continente olvidado a que nos referíamos en ocasión semejante a la que hoy nos reúne. «Nos duele pensarlo —decíamos el último 12 de octubre—, pero ha sido preciso que en el actual juego de las grandes potencias una de ellas intente penetrar en lo que se consideraba la esfera de influencia de otra para que, inesperada y conminatoriamente, se plantee, ante el asombro de muchos, la problemática de todo un Continente.»

En efecto, la América al sur del Río Grande ha disputado durante el año último al África, cuya libertad amanece entre la inquietud y la esperanza, y a las espectaculares pruebas de fuerza entre el Este y el Oeste, que han tenido lugar en otras latitudes, el primer plano de la más acuciante actualidad.

Gigantesca maniobra comunista. Importancia de Angola

Europa y Norteamérica comienzan a percibir al fin la gigantesca maniobra envolvente que, con la proyectada conquista de África y América del Sur, ha planeado el comunismo. Es lamentable, sin embargo, y pudiera ser trágico, el que en los medios responsables de Occidente pocos se hagan cargo de las consecuencias irremediables que puede tener la concertada penetración comunista en los pueblos que habitan en las dos orillas del Atlántico centro-meridional.

Frente a esta gran concepción de la estrategia comunista, cuya última y dolorosa comprobación se nos ofrece en los calculados intentos subversivos de Angola —que, por herir a Portugal, nos afectan profundamente— es necesario que el mundo libre acierte a reaccionar con eficacia.

En primer lugar, es evidente —no sólo como respuesta al desafío comunista, sino por previas y más altas motivaciones— que se hace preciso colmar, con toda la urgencia y en toda la medida que ello sea posible, los abismos que separan en cuanto se refiere al nivel de vida de sus masas populares a algunos países o regiones de Iberoamérica de los del resto de Occidente.

«La paz, la prosperidad y la seguridad son indivisibles»

En un mundo como el nuestro, hay que tener cada vez más presente —como pudo decirse en la Conferencia de Cancilleres americanos de Washington de 1958— que «la paz, la prosperidad

ancho don acogedor, como corresponde a lo que fue creado para capital del Imperio.

Pero diciendo esto, no se agarra lo característico de los Madriles, ya que una amalgama puede ser, y lo es casi siempre, algo

San Antonio de la Florida.

El ecuestre y cinegético horizonte que azulea desde el Campo del Moro al Guadarrama le inspiró a Velázquez los grises

y la seguridad son en definitiva indivisibles». Ni dentro de una nación puede perpetuarse la existencia de provincias subdesarrolladas sin perturbar el progreso del conjunto, ni —dada la creciente interdependencia que los avances técnicos imponen a unos pueblos respecto a otros— va a ser posible que a la larga perduren, sobre todo dentro de una misma constelación político-económica, zonas de hambre y de miseria sin que, a la par que padece la justicia, deje de sufrir las consecuencias del desequilibrio toda la colectividad.

Ayuda tardía. Reiterada solidaridad española con Iberoamérica

En este sentido, resulta prometedor —aunque en algunos aspectos sea acaso demasiado tarde— el camino que se ha abierto con el Pacto de Montevideo y la Conferencia de Punta del Este. Hace ya algunos años, el 12 de octubre de 1957, decíamos en Las Palmas de Gran Canaria —permítasenos recordarlo— que era necesario «prestar más atención y ayuda a estos pueblos hispanoamericanos cuya fuerza material y espiritual constituye una de las más seguras reservas para el futuro de la Humanidad.» Y en 1958, en esta misma fecha, pronunciábamos en Madrid unas palabras que han resultado a estas alturas un triste vaticinio: «La disyuntiva para nuestros pueblos es clara: o incorporarnos —con los sacrificios que sean necesarios— a la marcha acelerada del progreso técnico, salvaguardando así nuestro credo y nuestra libertad, o dejar que las masas caigan sin remedio en las redes de la demagogia comunista. Lo que ha pasado en otros continentes —añadíamos— puede, por desgracia, pasar en América. Las consecuencias para el mundo entero serían trágicamente irreparables.»

Acuciados por este temor, un año después invocábamos, en Santiago de Compostela, la reconocida generosidad y la gran misión histórica del pueblo norteamericano, solicitando para Iberoamérica «una constante, cuidadosa y eficaz atención. Atención respetuosa a su ser espiritual y a su perfil cultural, de cuya conservación depende el destino de esos pueblos, y atención al hecho de que el subdesarrollo económico genera en gran parte la inestabilidad política.»

España —bien lo sabéis todos—, con una terca insistencia que demuestra su preocupación por el futuro de las naciones del mundo hispánico, ha aprovechado cuantas ocasiones ha tenido para propugnar que no sólo Norteamérica, sino también Europa preste su colaboración al desarrollo de aquellos pueblos. Así lo hemos hecho en nuestras visitas a Londres, París, Bonn y Washington y en las entrevistas celebradas con los hombres de Estado que han pasado por Madrid.

Concretamente, el 14 de enero de 1960, y con ocasión de la firma del nuevo Convenio fundacional de la O. C. D. E., dije en París: «España alentará con un interés particular todas las medidas que favorezcan al desarrollo económico de los pueblos de Iberoamérica, ligados íntimamente a Europa por tantos vínculos. Sería necesario no solamente favorecer el progreso de sus industrias incipientes, sino también ayudarles a reducir las crisis periódicas de los mercados de sus productos básicos que constituyen la riqueza fundamental de la mayoría de ellos.»

Generosidad norteamericana

En este momento debemos señalar y valorar toda la importancia del liberal ofrecimiento formulado por los Estados Unidos en Punta del Este, que si hace poco hubiera cambiado por sí mismo el curso de los acontecimientos en el hemisferio, ahora puede todavía enderezarlos. Es preciso reconocer, no obstante, como ya advertíamos hace un año en Palma de Mallorca, que sin el estímulo que representa la creciente penetración comunista, Iberoamérica —esa gran comunidad que agrupará seiscientos millones de hombres a finales de siglo— no hubiera podido hacerse oir.

Insuficiencia de la ayuda exterior. Necesidad de una política

No cabe pensar —por otra parte— que la simple ayuda exterior sea suficiente para resolver por su exclusiva virtud todas las incógnitas que ensombrecen al futuro de Iberoamérica.

Una orientación financiera que, sin abandonar los principios ortodoxos, alcance una rapidez y agilidad que puedan servir para hacer frente con eficacia a los urgentes problemas planteados; las oportunas medidas para vigorizar las inversiones públicas y privadas; la creciente cooperación internacional que ha de ser encaminada en gran parte a la estabilización de precios de los productos básicos, con el fin de asegurar a los países iberoamericanos los ingresos necesarios para financiar su desarrollo, y, en definitiva, una más justa redistribución de la riqueza y una gradual reforma de la estructura económico-social, son las condiciones de orden económico para lograr el éxito. Por otro lado, el decidido impulso de la educación como factor que está en la base misma del desarrollo económico de los pueblos, la estabilidad interior de cada país y la leal cooperación interamericana serán igualmente, en el orden político, las condiciones indispensables.

Mimetismo en las tácticas comunistas

Es más, ni aun todo ello bastará, si no se tiene en cuenta la radical naturaleza y la verdadera dimensión del desafío comunista.

La ofensiva contra el mundo libre se desarrolla bajo formas muy diversas y conformándose hábilmente al medio respectivo. Así lo ha dicho, entre otros teóricos y dirigentes marxistas, pero acaso con más extremada claridad, Mao-Tse-Toung en su trabajo sobre *La guerra y la estrategia*: «La tarea central de la revolución y su forma superior es la conquista del poder por las armas; es decir, por la guerra. Este principio revolucionario del marxismo-leninismo es universalmente válido, tanto para China como para otros países. No obstante, si el principio es siempre el mismo, los partidos proletarios lo aplican diversamente ante condiciones diferentes y de conformidad con estas condiciones.»

La conquista de las minorías. Batalla ideológica

Concretamente, en la América Hispana, el comunismo, sin descuidar a las masas ni prescindir del arma de subversión que su malestar representa, desde hace lustros se ha dirigido preferentemente a unas minorías, sobre todo intelectuales, y se ha preparado para dar la batalla en el campo de las ideas. «Sin la participación de los intelectuales —afirma inequívocamente otro autorizado texto comunista— la victoria de la revolución es imposible.»

Franco lo ha visto así, y así lo ha dicho en su reciente discurso en el monasterio de Las Huelgas, de Burgos: «No nos cansaremos de repetir que la batalla planteada por el comunismo es ideológico-política y que es en ese terreno donde hay que ganarla.»

En consecuencia, es evidente que el campo de acción del comunismo comprende no sólo las sociedades subdesarrolladas, sino también las semidesarrolladas y aun las prósperas, donde las carencias morales pueden abrir camino a su triunfo.

Única resistencia válida

Por todo ello, la única resistencia válida que puede oponerse a la subversión comunista en Iberoamérica reside en el vigor espiritual de nuestros pueblos y consiste en el común legado hispánico que por igual nos pertenece a americanos y españoles. Su raíz es la fe cristiana y su expresión es el patrimonio cultural que compartimos.

Religión e hispanidad. Riva-Agüero y Maeztu

El gran patricio peruano José de la Riva-Agüero recordó a este propósito que en nuestra América volvía a hacerse realidad la frase de San Leandro de Sevilla, pues «la caridad de la religión juntó lo que habían separado razas y lenguas». Y Ramiro de Maeztu, el más americano de los españoles de nuestro tiempo, completa la idea y resume su pensamiento al respecto con estas palabras certeras: «Los argentinos han de ser más argentinos; los chilenos, más chilenos; los cubanos, más cubanos. Y no lo conseguirán si no son al mismo tiempo más hispánicos, porque la Argentina y Chile y Cuba son sus tierras, pero la Hispanidad es su común espíritu, al mismo tiempo que la condición de su éxito en el mundo.»

Función vertebral del cristianismo. La persecución comunista

Esta función vertebral que en Iberoamérica tiene el cristianismo, encarnado históricamente en los ideales hispánicos, está corroborada, *sensu contrario*, por la sistemática y creciente persecución de la Iglesia Católica, allí donde, merced a precedentes errores e injusticias, la influencia comunista ha llegado al poder.

En esta noche triste que atraviesan la Iglesia y el pueblo de Cuba, España, plenamente solidaria con su dolor y herida por la expulsión injusta de no pocos de sus hijos que habían cruzado el Atlántico para ejercer allí su ejemplar ministerio, quiere —pese a estos agravios— seguir afrontando con serenidad el desarrollo de un proceso histórico cuya significación alcanza a todo el continente y cuyas consecuencias puede tener para el mundo capital importancia.

«Planteamientos nuevos»

Conviene, por último, no olvidar la auténtica dimensión de la contienda entre el Oriente comunista y el Occidente que —al menos en el sentido que lo afirma Benedetto Croce— «no puede dejar de llamarse cristiano». Frente al enorme reto de los países del sistema socialista, es necesario recurrir, como acaba de señalar voz altamente autorizada, a «planteamientos nuevos», adecuados a la índole y a las proporciones del conflicto —que ojalá sea siempre pacífico— entre los dos mundos.

Comunidad atlántica: respuesta adecuada al reto comunista

En nuestro caso, sólo una nueva «comunidad atlántica», entendida como fórmula de cooperación internacional entre Europa y las dos Américas y dotada de contenido no sólo estratégico y económico, sino también político y espiritual, podría ser la respuesta proporcionada a la magnitud del reto comunista y la solución a los más hondos problemas de los pueblos históricamente establecidos a los dos lados de ese Océano inmenso, que es ya desde hace siglos —por obra eminente de los pueblos hispánicos— «el mar interior de la cultura occidental».

En definitiva, creemos que es preciso adelantarse a los acontecimientos en vez de irles a la zaga y construir desde ahora un instrumento de eficaz colaboración euroamericana, susceptible de atraer a esta futura «comunidad atlántica» a los nuevos países africanos y capaz de afrontar con éxito las insólitas circunstancias del mundo en que vivimos.

Una necesidad sentida. Propuestas precedentes

No pensamos que nuestra tesis sea precisamente nueva. Tiene, al menos, precedentes parciales en las repetidas propuestas formuladas por estadistas occidentales para ampliar a otros campos el contenido exclusivamente político-militar de la Organización del Tratado del Atlántico Norte; en la propia realidad actual de la O. C. D. E., con la plena participación en sus tareas de los Estados Unidos y del Canadá; en los llamamientos de varios jefes de Estado iberoamericanos para que Norteamérica y Europa no sigan ignorando el grave impacto que sus medidas de protección o cooperación económicas pueden ocasionar en los intereses fundamentales y en la estructura misma de aquellos países; en los crecientes intercambios de todo orden que las actuales comunicaciones hacen posibles entre Europa y América; en el pensamiento, en fin, de cuantos queremos a un tiempo mantener las peculiaridades nacionales y defender colectivamente el futuro de nuestra cultura y las formas esenciales de nuestra civilización.

No olvidemos tampoco que nuestra actual comunidad tiene una dimensión física y espiritual aún más vasta y que es el ejemplo de una múltiple conjunción de razas y civilizaciones que no sólo se produce en el continente americano, sino que se extiende hasta el Asia y tiene en Filipinas un foco de nuestra fe y nuestra cultura clavado en medio del Oriente como único arquetipo de entrañamiento y comprensión de dos mundos distantes.

Los pueblos que se unan dominarán el porvenir. La unidad se gana cada día

Creemos, en suma, como ha dicho el académico francés Henri Massis, en *L'Occident et son destin*, que «el porvenir corresponde a los pueblos que permanezcan unidos, que no se hagan guerras intestinas y que sepan asegurar la libertad de sus alianzas».

Pero la unidad, la paz y la libertad se ganan cada día. Mientras aspiramos a más ambiciosas realizaciones, vayamos trabajando, jornada tras jornada, y en todos los aspectos, por el presente y el porvenir de Iberoamérica.

En estos doce últimos meses, diversos acontecimientos han subrayado en el orden político, cultural y económico la apertura española ante los problemas y las inquietudes de los pueblos americanos.

Integración europea e intereses iberoamericanos

España, superadas sus propias dificultades, se encuentra hoy en condiciones de emprender una prometedora colaboración económica con esos países, fomentando los comunes intereses y alentando en la medida que nos sea posible el desarrollo económico conjunto de la gran comunidad iberoamericana. Esta es la significación que cabe atribuir al importante viaje de mi colega de Gobierno, el ministro de Comercio, señor Ullastres, por varias Repúblicas suramericanas.

En este momento crítico, presidido por el signo de las grandes integraciones económicas, queremos subrayar la necesidad de que estos movimientos no se hagan cuidando únicamente de los puros intereses materiales de los países que se agrupan, en detrimento de otras zonas del Occidente que aún no han conseguido su pleno desarrollo económico y con las que precisamente España está ligada por vínculos históricos y humanos de primerísima importancia. Es ésta una seria preocupación del Gobierno español en los momentos actuales, que sin dejar de prestar la debida atención a los movimientos integradores europeos, desea explorar hasta el máximo nuestras posibilidades de colaboración económica con las naciones iberoamericanas.

ancho don acogedor, como corresponde a lo que fue creado para capital del Imperio.

Pero diciendo esto, no se agarra lo característico de los Madriles, ya que una amalgama puede ser, y lo es casi siempre, algo

San Antonio de la Florida.

El ecuestre y cinegético horizonte que azulea desde el Campo del Moro al Guadarrama le inspiró a Velázquez los grises

Solidaridad en el campo internacional. Iberoamérica, en las Naciones Unidas

Por otra parte, todo cuanto se haga por mantener la solidaridad fundamental de nuestros pueblos en el campo internacional, y especialmente en la escena de las Naciones Unidas, no sólo servirá para fortalecerlos frente a los intentos de hegemonía extraña, sino que contribuirá decisivamente, por el desinterés, el espíritu negado a toda discriminación y el amor a la verdad que los caracteriza, a salvar a la Organización de la grave crisis en que la han sumido las grandes potencias.

Los Tratados de Doble Nacionalidad, expresión jurídica de una filiación común

Igualmente creemos que importa marcar aquí los más recientes jalones de un proceso jurídico —me refiero a los Tratados de Doble Nacionalidad entre España y una serie de países hispanoamericanos— que está cristalizando en fórmulas legales la común filiación histórica de nuestros pueblos.

Durante este año se han firmado los Convenios con Guatemala y Nicaragua, y tengo la inmensa satisfacción de comunicaros que en el día de hoy se firma en La Paz un Acuerdo análogo con Bolivia. Junto a los suscritos en años anteriores con Chile, Perú y Paraguay constituye un bloque de seis Acuerdos que ya por sí mismo es una realidad importantísima, pero que, además, es un incitante a una más vasta y honda propagación del sistema. La extensión de este fecundo y flexible principio de la doble nacionalidad, a todos los países hispánicos, no sólo con relación a España, sino entre sí, constituiría, dentro del respeto a la fisonomía política de cada nación, un hecho de innegable trascendencia para la construcción de un destino común y un ejemplo para las otras agrupaciones de pueblos que quieren afirmarse en el mundo. Puedo, a este propósito, deciros que el edificio jurídico que estamos levantando por medio de estos Convenios de Doble Nacionalidad ha despertado ya un vivo y concreto interés en algún pueblo mediterráneo que intenta resolver el problema de la convivencia de las comunidades de origen diverso que lo componen.

El símbolo de San Martín. La espada de la Independencia y el estandarte del Conquistador

En este año hemos rendido homenaje a alguien que debe ser para nosotros uno de los más altos ejemplos de ese espíritu común en el que caben sin lucha nacionalidades diversas como caben en el corazón de cada hombre dos hogares: el paterno y el propio. Hablo del general don José San Martín, cuyo monumento ecuestre ha sido inaugurado la primavera pasada en la Ciudad Universitaria de Madrid.

San Martín, criollo de Yapeyú, cadete del Seminario de Nobles de Madrid, heroico capitán de lanceros en la jornada española de Bailén y glorioso vencedor en la jornada americana de Maipú, es para nosotros una de las más insignes encarnaciones de la Independencia americana y, por tanto, del proceso de madurez de América, que fue obra criolla, es decir, de los españoles americanos. Éste es el más profundo significado de su figura histórica, y por ser así, debajo del gran trauma de la Emancipación existía desde un principio el común terreno fecundo, el limo entrañable que había de permitir que unos y otros nos entendiéramos.

Cuando hace meses veíamos alzarse —por la iniciativa generosa y ejemplar del Gobierno argentino— la estatua de San Martín en el corazón de España y recordábamos las innumerables efigies que honran en América a los conquistadores españoles, nos parecía que el gran círculo de la comprensión recíproca estaba a punto de completarse y que si es difícil, muy difícil, para los padres curarse del doloroso desgarro de la marcha de los hijos, la casa paterna española ya había vencido ese dolor y se alegraba con la vuelta del hijo glorioso.

El propio San Martín se había adelantado a esta conciencia de la doble filiación hispanoamericana cuando en su célebre testamento hacía inventario de sus bienes y sólo mencionaba dos tesoros que él poseía: su espada de americano y el estandarte del español Pizarro. Estandarte de la Conquista y espada de la Independencia, que están ya unidos para siempre en la figura del héroe común, montado en el Parque del Oeste, de Madrid, sobre un potro criollo, en cuyo bronce resuena, como en una campana, la gloria de este hijo de doble nación.

Invocación a la esperanza

Me ha parecido que estas reflexiones, que yo dejo abiertas a cualquier diálogo con vosotros, podían ser el homenaje que rindamos en nuestra reunión de hoy al lugar en que nos hallamos. Éste es un lugar de inquietud, porque desde aquí España soñó con América. Pero también es un lugar de esperanza porque desde aquí se embarcó durante siglos, esperanzadamente, hacia su larga y fértil aventura ultramarina. En este pequeño convento de La Rábida, un Almirante de España discutía con unos hombres llenos de fe el mapa de Toscanelli y las oscuras noticias de Martín Behaim sobre las fronteras del mundo. Y sobre ellos lucía la esperanza. La esperanza, amigos, que hoy sigue en pie.